

BOLETIN ANTITEOSOFICO

"Conocer a los teósofos es un deber social; desenmascararlos, un deber político; y combatirlos un deber religioso." Esta voz de alerta con que en julio de 1913 terminaba el Dr. J. FERRAND su artículo de conjunto: *La Doctrine de la Théosophie* (1), no ha perdido aún su acento de actualidad. Todo lo contrario. La inusitada solemnidad de que se rodeó al primer Congreso mundial de teosofismo, celebrado en París los días 23-26 de julio de 1921 (2), ha dado fuerte impulso al movimiento teosófico. Y desde aquella fecha el teosofismo lleva una marcha progresiva en casi todas las naciones civilizadas, aun en nuestra España; ofrece un grave peligro a la única y verdadera Religión y a la sociedad; y es menester llamar sobre él la atención del público ilustrado. Tal es el fin del presente estudio, donde daremos a conocer los mejores escritos apologéticos que conocemos contra esta nueva Sociedad semirreligiosa, semientífica y semiocial, posteriores a su condenación por la Sagrada Congregación del Santo Oficio (año 1919).

1. Abre la serie por su importancia la historia crítica del teosofismo, de M. RENÉ GUENON (3). Muy acertado nos parece el juicio del P. LUCIANO ROURE, S. J., al decir que "esta obra no ha despertado en el público toda la atención que se merece" (4). De las once revistas filosóficas o de cultura general, casi todas francesas, que hemos registrado en sus números del 1921 y siguientes,

(1) *Revue de philosophie*, t. XXIII, p. 52.

(2) "El gran anfiteatro de la Sorbona resultó sumamente reducido para dar cabida al gentío inmenso allí reunido, ávido de escuchar la conferencia de clausura que pronunció Mme. Anna Besant, actual Presidenta de la Sociedad Teosófica. En torno de M. Appell, Rector de la Universidad de París, sentado en primera fila, apilábanse las más distinguidas personalidades parisienses, los miembros del Cuerpo diplomático, las grandes corporaciones de los sabios, colonias extranjeras de París. En el estrado y detrás de la conferenciente, estaban en pie los Delegados de treinta y tres naciones, que habían tomado parte en el Congreso" (*Documentation catholique*, t. 6, p. 162).

(3) *Le Théosophisme, Histoire d'une Pseudo-Religion* par M. RENÉ GUENON (París, Nouvelle Librairie Nationale, 1921; 310 pp. en 8.^o menor).

(4) *Au Pays de L'Occultisme*, p. 42.

tan sólo en la *Revue Néo-scolastique* de Lovaina hemos visto anunciado el libro del Sr. Guenon entre los recibidos en aquella redacción. Y a fe que se merecía mucho más.

Efectivamente, tejer la historia objetiva y cabal del moderno Teosofismo (1) no es empresa tan fácil como pudiera creerse, atendida la fecha reciente de su fundación. Dificulta la empresa la agitación incesante de la que pasa como Fundadora y primera Directora general de la Sociedad Teosófica, Mma. Elena Patrowna Blavatsky. Pues, aun prescindiendo de sus correrías, aventureras en parte, en parte de propaganda teosófica después de fundada la Sociedad; estuvo quasi domiciliada en nueve naciones, y en algunas de ellas más de una vez: Rusia, Egipto, Inglaterra, Italia, Francia, El Cáucaso, Estados Unidos de América, Indostán y Alemánia. Y tan inestable como su residencia fué su ideología: cuándo occidentalista, cuando orientalista; unas veces espiritística, otras enemiga declarada de los espíritus y mediums. Y es que los misteriosos maestros y "guías espirituales" que la influenciaban, cambiaban con no menor frecuencia; primero, el mago o prestidigitador *Paulos Metamón*, de nación copto; después, el espiritista y masón *V. Michal*, el enigmático *John King*, sustituido por el egipcio *Serapis*, a quien reemplazaron sucesivamente el indio *Kashmíri* y los famosos entre los mahatmas "*Koot Homi Lal Sing*" y *Morya*...

Y ¿quiénes eran o qué representaban algunos de estos misteriosos personajes? ¿Cuáles fueron sus relaciones con Mma. Blavatsky? ¿Quiénes eran los Mahatmas? ¿Cuándo los conoció por vez primera nuestra vidente? ¿Quién desde Inglaterra la sugirió el nombre del que había de ser su perpetuo auxiliar, el norteamericano *Henry*

(1) El autor opone constantemente a la verdadera Teosofía de los J. Böheme, de Giehtel, L. Claudio de Saint Martin...; el movimiento social y doctrinal de la Sociedad Teosófica contemporánea, designándolos con la palabra "Teosofismo". Y no le falta razón para defender este neologismo. Pues, además de ser ese el uso corriente de los países ingleses, donde nació la Sociedad, los cuales llaman a las doctrinas de los teósofos modernos "Theosophism", y "Theosophists" a sus defensores; la atenta lectura de este libro hace ver que la teosofía moderna no tiene con la antigua ninguna filiación; ni genealógica (véase la p. 25), ni ideológica fuera del pretendido esoterismo. Por Teosofía se entendió siempre un pseudomisticismo, extravagante sí, pero siempre basado en el cristianismo y de sabor y tonos occidentales. Y el teosofismo apareció como un Budismo esotérico, que, según su Fundadora, aspiraba, no a restaurar el hinduismo, sino a barrer el cristianismo de la faz de la tierra". Y, aunque es posible que lo sactuales teósofos hayan evolucionado algo en este punto, también lo es que su "Cristianismo esotérico" puede ser una máscara de su odio a Roma y al sacerdocio (p. 7).

Steele Olcott? ¿Cuál fué su política en la India respecto del Imperio Británico? ¿Tiene el teosofismo alguna doctrina obligatoria? ¿Cuáles son sus fuentes? ¿Cuáles sus relaciones con otras Sociedades secretas u ocultas?

Y como si estos y otros muchos problemas así de su vida novelesca como de la obra que ha inmortalizado el nombre de Mma. Blavatsky, fuesen de suyo poco oscuros, todavía han proyectado sobre ellos nuevas sombras los escritos manifestamente interesados de sus adeptos, como las *Memorias* (Old Diary leaves), de H. OLCOTT; la obra de la CONDESA WACHTMEISTER, *Reminiscences of H. P. Blavatsky*; la farragosa vida de nuestra heroína, por el famoso teósofo y novelista español, MARIO ROSO DE LUNA, titulada pomposamente: *Una Mártir del siglo XIX*. Y aun las *Memorias del CONDE DE WITTE*, sobrino de Mma. Blavatsky, no dejan de aumentar las sombras y contradicciones.

Y, a todo esto, la vida de la segunda directora general del Teosofismo, Annie Besant, tan agitada, errante y envuelta en el misterio como la de su Maestra; la orientación doctrinal, oscilante y diversa de la primitiva en varios puntos importantes; a la muerte de la fundadora, pleitos mal disimulados por la sucesión en la presidencia (p. 158), disensiones y cismas (p. 213), cuyas causas nos pintan ambas partes con colores diversos; y, sobre todo, la constitución misma de la Sociedad Teosófica primitiva. La cual germina en los subterráneos del espiritismo y masonería (p. 12, 14, 15), nace en brazos de espiritistas y masones, por transformación (diríamos fortuita) de una "Sociedad de investigaciones espiritistas" en la llamada Sociedad Teosófica (p. 25); crece y se extiende por las cinco partes del mundo, ayudadas no menos por los embustes de sus dos primeras Directoras generales (pp. 63, 61, 15, 20, 22, 158, 193...), que por sus relaciones, no siempre transparentes con la frarmasonería (p. 241...), el Rosicrucianismo (p. 31...), protestantismo (p. 274) y otras Sociedades más o menos ocultas. Sociedad, que se presenta con su parte de esoterismo doctrinal (p. 100) y ritos iniciáticos (p. 146); con un moralismo vago y sentimentalista (p. 274), cristalizado en una multitud asombrosa de pequeñas Asociaciones auxiliares del Teosofismo (p. 251); y, en fin, que viste todas sus principales doctrinas con el misterioso lenguaje de las religiones orientales. Todo este cúmulo de dificultades, nada más que apuntadas, hacen

muy difícil al historiador el poder precisar la vida semisecular del teosofismo, y exigen en él una preparación y trabajo de investigación más que ordinarios.

Para llenar cumplidamente su cometido debería entender, juntamente con el sánscrito, los principales idiomas europeos; debería conocer el tenebroso historial y doctrinas del espiritismo, ocultismo antiguo y moderno, masonería, rosicrucianismo y otras sectas arcaicas, relacionadas más o menos con la nueva teosofía; tendría que estar versado en las religiones y filosofías orientales, y haber leído, además de la nada escasa correspondencia epistolar de los fundadores y caudillos de la Secta, su indigesta y voluminosa literatura (1) y gran parte de sus numerosas revistas oficiales (2). Y, una vez reunida esa cantidad inmensa de materiales, todavía le quedaría por hacer la principal labor: descifrar lo enigmático, concordar los datos contradictorios y entreseparar de la muchísima escoria de errores y ficciones el oro de la verdad histórica.

Pues bien, esa preparación, sagacidad y tesón en registrar archivos y bibliotecas ocultistas, para dar al público una obra de información perfectamente documentada, es, sin disputa, el mérito principal de M. Guenon. Basta examinar sus innumerables citas marginales y leer cualquiera de sus capítulos. Antes de cinco minutos, el lector menos avisado habrá caído en la cuenta de la erudición del autor, tan exuberante y detallista, que precisamente es ella, a nuestro juicio, uno de sus principales defectos, por entorpecer demasiado el pensamiento y recargar de incisos los párrafos con mengua del orden y de la claridad.

Y por lo que hace a la preparación orientalista, ahí está su obra *Introducción a las doctrinas hindúes* (3), publicada el mismo año de 1921. La cual podrá estar escrita en tono demasiado autoritario e independiente; podrá tratar con excesiva dureza a los teósofos y en general a los occidentales, llamándolos charlatanes e ignorantes, etcétera; podrá tener otros defectos (4); pero es una prueba fehaciente de que su autor entiende de las religiones y literaturas orientales,

(1) Solos los seis tomos de la *Ciencia Secreta* (ed. española) suman 3.332 páginas en 8.^o mayor; *Isis sin velo* (tres tomos), 1.822 págs. etc.; Las obras y folletos de Annie Besant pasan de cuarenta; etc., etc.

(2) En 1926 eran cuarenta estas revistas.

(3) *Introduction Générale à l'étude des Doctrines Hindoues*. París, 1921.

(4) Véase *Revue Néo-scolastique* año 1922, p. 130; A. THERIVE, *Les Parties de l'enfer*, p. 42.

riás que los directores y aun la misma Fundadora del teosofismo, a la que enmienda la plana muchas veces (p. 94).

Y con tal preparación ¿habrá conseguido este Hurón de las sectas ocultistas dar con el hilo histórico del Teosofismo en ese dédalo de obscuridades y confusiones? Distingamos dos partes: la historia y la doctrina del Teosofismo. En cuanto a su contenido doctrinal, haciendo suya la frase del P. L. de Grandmaison (p. 300), de que el modo más seguro de refutar a los teósofos es cercarles a ellos mismos la palabra; casi se limita a darnos en sendos capítulos un resumen de la doctrina teosófica en sus tres fases de Budismo esotérico, Cristianismo esotérico y antroposofismo de R. Steiner, copiando constantemente las palabras de sus propios autores. Y ciertamente que para personas, no diré ya bien formadas en filosofía, sino simplemente cultas, sensatas e imparciales, este método lo juzgamos más que suficiente.

Pero M. Guenón va más adelante. Aquí y allí, con párrafos entrecortados en la misma parte expositiva, llama oportunamente la atención del lector sobre la instabilidad, vaguedad y contradicciones de las doctrinas teosóficas: doctrinas, dice (cap. 9), que se nos venden como originales y son un mosaico de teorías bebidas en fuentes orientales y occidentales; se nos pintan al mismo tiempo como arcaicas y como progresivas; como antiquísimas o basadas en la más antigua filosofía del mundo (p. 108), y tienen por idea central la mágica palabra "evolución", de fecha bien reciente; doctrinas, además, que se nos describen como una revelación hecha por los Mahatmas, y resulta que los tales superhombres, directores de la humanidad, no son personajes históricos que habiten en el Tibet, como dijeron en un principio los teósofos, sino duendes, que nacieron y vivieron tan solamente en el cerebro enfermizo de Mme. Blavatsky y de sus secuaces o, como dijo ella misma: "producto de su propia imaginación" (51). Ahora bien, como por confesión de A. Besant, "sin Mahatmas la Sociedad (Teosófica) es un absurdo" (p. 57); necesariamente han de confesar sus adeptos que, mientras no refuten el largo y bien documentado cap. IV de la obra que analizamos: su pomposa "Ciencia de la Religión o Religión de la ciencia" (1) es ni más ni menos que lo que ha declarado la papisa de Akyar: "un absurdo". Absurdo que llega al colmo, si añadimos

(1) M. KOSO DE LUNA, *La Dama del ensueño*, p. 169.

ías tan gratuitas como ridículas teorías sobre las "razas humanas", que han existido y existirán en nuestro planeta; y sobre los personajes que fueron, en reincarnaciones habidas hace 25.000 y más años, los propios teósofos (cap. XI); teorías más propias de soñadores que de hombres que aspiran a pasar como los directores de la humanidad.

En cuanto a la parte histórica (que ocupará las ocho décimas partes de toda la obra), si el autor se propuso reunir en un libro los elementos de información dispersos en multitud de archivos y bibliotecas, y muchos de ellos de no fácil acceso" (p. 300); creemos que ha conseguido cumplidamente su objetivo; y mejor aún en la primera fase, de Mma. Blavatsky, que en la segunda, de A. Besant. La vida semioculta, semienigmática de la nueva semireligión durante sus primeros cuarenta y seis años; su carácter, tendencias, organización, relaciones con las sectas ocultas, propaganda, etc.; a pesar de las dificultades indicadas, se reflejan bien en la monografía. Y es que la preparación y vastísima erudición ocultista están siempre al servicio de un ingenio y penetración nada vulgares, de una aplicación al asunto seria y concienzuda, de una independencia de juicio nada común. Como una de tantas muestras puede leerse el capítulo IV, titulado: *La cuestión de los Mahatmas*. Ciento que, si el autor no se hubiera atenido tanto al orden cronológico, y hubiera sido más sobrio en la erudición; habría ganado la obra en claridad y atractivo, con tenerlo muy grande. Además, afirmar que las fuentes del teosofismo han sido exclusivamente occidentales (p. 101), nos parece una exageración que no se puede compaginar bien con este párrafo de la página 94: "Cuanto a las doctrinas propiamente orientales, Mma. Blavatsky conoció del Bramanismo y aún del Budismo lo que todo el mundo puede conocer, etc...." Pero éstos, como se ve, son lunares muy pequeños.

Los teósofos, claro está, los verán mucho mayores, y tildarán a M. GUENON de tendencioso, desconocedor del espíritu de la teosofía, y por lo mismo, intérprete infiel de su vida y de sus doctrinas. Nada más natural. ¡Son tan duros y certeros los golpes, que asesta contra la moralidad y veracidad de los Directores de la Sociedad! Mma. Blavatsky, colérica y vengativa (p. 77), sospechosa en sus relaciones con John King (22), de mentalidad grosera (19), de cultura vasta y salvaje (91), y declarada oficialmente impostora, ni

veraz, que su Maestra (53); y, sin embargo, ambas a dos recibiendo de sus discípulos el culto y adoración, que estos niegan al "Dios chico del Cristianismo", que dice blasfemando Mario Roso de Lúna, en su novela tan teosófica como irreligiosa, y tan irreligiosa como sensual, titulada *La dama del ensueño* (1). Olcott, el abnegado y fiel compañero de Mma. Blavatsky, abandonando a su mujer y numerosa prole, por seguir en su vida errática a su hechizante Directora, que se lo pagó llamándole alguna vez con todas sus letras "semejante en general a un asno" y de una "estupidez incurable" (p. 72). Leadbeater, el secretario de A. Besant y primer jefe del departamento de instrucción religiosa, el educador de Krishnamurti c futuro Mesías, cumpliendo su oficio con métodos "dignos de la reprobación más severa", como confiesa la misma Besant, eufemísticamente y, como diríamos en castellano y lo probó un tal Sr. Nair en el folleto, *Psychopathia sexualis de un Mahatma*, portándose como corruptor de menores (p. 201).

Trapillos tan sucios, naturalmente que han de levantar ampolillas a los teósofos, si no son de estuco. Sin embargo, hablando en general, difícilmente podrán desmentir las afirmaciones históricas de M. GUENON.

Y estos golpes son tanto más formidables, cuanto que la obra que analizamos no es ninguna apología del cristianismo, ni siquiera escrita por una pluma católica. A lo menos no costa que sea católico su autor. Ve, sí, y admira, como otros no católicos, en la Iglesia Romana un ejército bien disciplinado y el más firme baluarte contra las perturbaciones sociales. Se muestra enemigo declarado de las sectas protestantes, mas quizás no de todas; trata duramente a todos los sistemas pseudomísticos y ocultistas; pero se engañaría quien viese en él un abogado de la verdadera mística cristiana. Hasta alguna vez se muestra deferente con Santo Tomás, el Card. Berulle, el P. Eudes; pero siempre considerándolos como mentalidades de un orden inferior a la suya, que es la de un orientalista independiente, partidario decidido de una extraña metafísica orientalista, exenta de todo sentimiento y fruto de la inteligencia pura. Esto en su *Introducción general al estudio de las doctrinas Hindúes*.

Por esta imparcialidad e independencia, por su abundante documentación y por faltar en nuestro idioma libros de esta índole,

(1) Pág. 140.

cremos haría un buen servicio a España y a la América española, quien lo tradujera al castellano.

2. El estudio crítico del P. Mainage, titulado *Los principios de la teosofía* (1), ya en su título nos revela su carácter; y la favorabilísima acogida, que le ha dispensado el público, nos marca el índice de su valor. Es el complemento de la anterior y, por decirlo así, el reverso de la medalla. Aquella, casi exclusivamente histórica, es el mejor guía de los que conocemos, para rastrear la historia del teosofismo; ésta, totalmente crítico-ideológica, representa "un esfuerzo sincero e imparcial por comprender y juzgar la doctrina conocida con el nombre de teosofía" (p. 5).

Tres partes se distinguen perfectamente en ella: una introductoria a manera de prólogo (cap. 1), otra expositiva (caps. 2-3) y la tercera, crítica (caps. 4-8).

Introducción.—Varias son las posiciones, viene a decirnos la gallana e infatigable pluma del docto dominico, con una fuerza de raciocinio y penetración nada vulgares, varias son las posiciones que pueden tomarse, para derribar el alcázar del teosofismo. Puédense tejer la historia fiel y documentada de la secta, puédense reseñar la multitud de fuentes donde los teóscfos han bebido sus doctrinas, puédense poner de manifiesto las variaciones doctrinales, por las que ha pasado en su certa duración. Tienen su valor estas impugnaciones, pero escaso. Con ellas se embiste la plaza por de fuera. Para arrasarla por completo, la mejor estragédia es, sin duda, asaltar la fortaleza, registrar por dentro las bases o cimientos en que descansa, ocultos bajo una fraseología extravagante, y dirigir contra ellos el ariete de una crítica imparcial.

No se nos objete que el esoterismo teosófico es intangible e incomprendible a las razas actuales que pueblan el planeta. Entonces, ¿a qué tanto empeño en propagarlo? Y de todos modos, por religiosa y arcana que sea una doctrina, la razón humana no debe cerrar sus ojos frente a ella. Antes de abrazarla, puede y debe exigir la sus credenciales o motivos extrínsecos de credibilidad; o cuando menos, puede y debe examinar si es o no conforme con las leyes eternas del pensamiento. El Teosofismo carece de aquellas creden-

(1) *Les Principes de la Théosophie. Etude Critique* par Th. MAINAGE, Professeur à l'institut catholique de París (París, 1922; 304 pp. en 8.^o menor).

ciales; veamos, pues, si los principios metafísicos en que se fundamenta están o no en pugna con estas leyes.

La posición así tomada, digan lo que quieran los teósofos, es invictable y el mejor método de llegar a tratar una discusión seria y científica con los jefes y filósofos de la Sociedad teosófica.

Pero no debiera olvidar el P. MAINAGE lo que él mismo reconoce en otra parte (p. 201); que los teósofos capaces de seguir estas discusiones tan abstractas, no pasan de una insignificante minoría; y que para la masa teosofista, para cualesquiera jueces imparciales y pensadores sinceros, no pueden menos de tener un valor probativo muy grande las otras posiciones, que él parece rechazar (pp. 23-30), o por lo menos desvirtuar más de lo justo.

No dudamos hacer nuestra la frase de M. Guenon: "Un medio óptimo de refutar el teosofismo es la exposición sincera de su historia". En ella irían incluidas también sus variaciones doctrinales. Y el golpe mortal que infirió Bossuet al Protestantismo en su *Historia de las variaciones*, no tendría menor aplicación a las nuevas doctrinas: Tú varías, la verdad es inmutable; luego tú no eres la verdad. Ni deja de ser tam poco estratégica la segunda posición, o sea, la historia de las fuentes del teosofismo. El valor de esta crítica pudiera esbozarse así: según sus adeptos, la teosofía no es una de tantas religiones, como han ido apareciendo a través de los siglos; es el manantial de todas ellas, es respecto de las mismas como el rayo de luz blanca antes de refractarse en el prisma. Es así, que la historia crítica de las fuentes donde los teósofos han bebido sus doctrinas, demuestra evidentemente todo lo contrario, a saber, que no es más que un mosaico de las sectas ocultistas y religiones orientales.

Claro que el ilustre Profesor de París no puede menos de ver estas razones, y por eso creemos que en las páginas antedichas se le fué la pluma más allá del pensamiento.

Exposición.—Para descubrir los fundamentos o principios auténticos del teosofismo, estima, y con razón, el docto Profesor, que ninguna otra fuente puede haber tan indicada como las obras de la que pasa hoy por la primera autoridad entre los teósofos. Abramemos, pues, las obras básicas de A. Besant: *Sabiduría antigua*, *La evolución de la vida y de la forma*, *Karma* y *Las leyes fundamentales de la teosofía*, que son casi las únicas que se citan y copian profusamente en esta parte. Dejemos la palabra a su autora, siempre que

los estrechos límites de un resumen nos lo permitan. Aclaremos lo nebuloso, precisemos lo inexacto, abreviemos lo difuso, desnudemos muchas teorías del misterio y ropaje ampuloso en que se envuelven, recarguemos la exposición con el menor bagaje posible de tecnicismos, encuadremos los elementos del hinduismo en el marco de la filosofía general y, dentro de estas condiciones, resumamos con toda fidelidad dichos principios fundamentales. ¿A qué se reducen ellos? A estos cuatro:

1.^o El cosmos entero con todas sus piezas y todos sus acontecimientos no es más que la simple modificación de una sustancia primordial, real, eterna, infinita. 2.^o Formación y desenvolvimiento de los siete planos y cuarenta y nueve subplanos cósmicos mediante un evolucionismo vibratorio, que es sucesivamente involutivo y evolutivo. 3.^o Escatología cósmica o modo de terminarse un *manvantara*; y 4.^o Conjunta y paralelamente con los del cosmos, se corresponden: el origen y naturaleza del hombre, el Karma y las siguientes reincarnaciones, y la teoría de las razas y subrazas humanas.

Si mal no recordamos, sólo al describir algunos de los caracteres que a éstas les atribuyen los teósofos, permítese el P. MAINAGE alguna leve ironía. Por lo demás, la exposición doctrinal está hecha con tal moderación, imparcialidad e ingenua dignidad, que cautiva, y llega uno a pensar si la metafísica del teosofismo—patrimonio por supuesto de muy pocos teósofos—, al pasar por la pluma del docto dominico, no gana mucho en precisión y cohesión sistemática. Pero esta sistematización, lejos de juzgarla vituperable (1), se nos ofrece muy plausible. Todo es necesario para que el lector pueda dar cima a la lectura de esta segunda parte. Y por otro lado, los errores, bien precisos y sistematizados, se refutan mucho mejor. Además, en la encíclica *Pascendi* contra el modernismo, ¿no hizo algo semejante la misma Santa Sede?

Crítica.—Desmembrada la metafísica en cinco partes: El Dios de los teósofos, El evolucionismo teosófico, La reincarnación, Teosofía y Religión, y Teoría del conocimiento: el docto Profesor va contrastando en sendos capítulos con las leyes indestructibles de la razón humana lo que dice la Teosofía sobre cada una de ellas, y cierra con broche de oro todo el libro con una breve conclusión.

(1) Véase A. THERIVE, *Les Portes de l'enfer*, p. 30.

El Dios de los Teósofos. Si la comparación no pareciera atrevida, diríamos que el teosofismo en este capítulo semeja la fiera perseguida, que, para defenderse de los tiros del cazador, sube a la colina, baja a la hondonada, se esconde en la espesura; pero en todas sus posiciones recibe nuevas heridas, y, por fin, es acorralada y muerta. Porque es de saber que el panteísmo teosófico no es simplemente idealista, o animista, o materialista, o emanatista; sino que hace incursiones en las cuatro formas, según le convenga. Mas si para salvar la inmutabilidad del Absoluto declara al cosmos mera ilusión; se estrella contra el sentido común de la humanidad. Y si le concede objetividad, entonces el Infinito puede crecer y ser más infinito (p. 150). Para ser animista, debe excluir la pluralidad de almas; y sin embargo multiplica las nómadas a granel (p. 151-153). Si se hace emanatista, lleva entrañados en su seno dos defectos congénitos: el dualismo, palabra antifilosófica en esta cuestión, y el de la emanación, palabra que será todo lo seductora que se quiera, pero no menos vaga y vacía de sentido (p. 156). Si adopta la concepción materialista, y asigna como causa primordial del universo, la materia católica que, sin idea ninguna directriz, se ordena, se organiza y adquiere la razón; da al traste con los principios más elementales de la aritmética: de lo menos no puede salir lo más.

Incoherente, pues, y absurdo cuatro veces en su eclecticismo panteístico, acaba por internarse en el callejón sin salida de la contradicción, esencial a cualquier panteísmo: En mundo y Dios son una misma cosa. Luego lo múltiple, mudable y finito es igual a lo uno, lo inmutable e Infinito. Es decir que el Teosofismo pone como principio primero del universo un Infinito finito; como si dijéramos, un círculo cuadrado. Luego el Dios de los Teósofos no tiene derecho a la existencia; pues ponerse en acción fabricando el mundo, y destruirse (limitándose) es una misma cosa. Ni el substituto de ese infinito, Ishvara, es más que un astro perdido en la inmensidad de los cielos, indigno por consiguiente de nuestro incienso y adoraciones.

Legítima, ciertísima, magnífica conclusión, y galanamente expuesta como lo está todo el capítulo; donde la precisión de las ideas el vigor del discurso, la fuerza de la lógica y la energía de la expresión danse mutuamente la mano para poner de relieve los absurdos e incoherencias sincréticas del panteísmo teosófico.

Sólo nos permitiremos advertir: que la división del panteísmo general (p. 142) la cremos, sí, acertada, pero a condición de que no se quiera abarcar en ella todos los panteísmos como parece indicarse (p. 143). El panteísmo transcendental no se puede identificar con el espiritualista. Como tampoco es de esencia del panteísmo emanatista en general, el dualismo que se le atribuye.

Evolucionismo. Claro está que el Ser Uno, principio de todos los seres, si es infinito, no puede evolucionar; y, si evoluciona, no es infinito. Pero, dando de barato la posibilidad de la evolución teosófica, ¿es ella en sí coherente, armónica y conforme a las leyes del pensamiento? Tal es la pregunta, que hace el docto dominico a la nuevo Teosofía; y la contestación, razonada y contundente, es que no: que el factotum del evolucionismo teosófico, la vibración (p. 173), recurso tan antiguo como nuevo (174), no explica nada (175), y mucho menos la vida; porque sería meternos en un círculo vicioso (176); marca además al Teosofismo con el sambenito de materialista (176), y por fin es un mecanismo fantasmagórico, que, por sus contradicciones, no puede funcionar (179). Aquí, como el terreno es más claro y despejado; la argumentación, no menos aguda y vigorosa, es también más transparente que en el artículo anterior.

La reincarnación. Dígase otro tanto de este capítulo, donde uno se convence que la tesis más importante y la única accesible a la inmensa mayoría de los teósofos, no sólo es un sueño; sino, la legitimación de los crímenes y mayores vergüenzas de los hombres.

Los dos últimos capítulos. Dos palabras los resumen; la teosofía, que presume ser la fuente y término final de todas las religiones, no es otra cosa en realidad que el agente destructor de todas ellas. La explicación teosófica del conocimiento humano en sus dos fases; por imágenes y por intuición, no sólo no explica nada, sino que es una ilusión, que lleva al determinismo.

Hemos de manifestar que en estos dos últimos capítulos la precisión, sobriedad y vigor del raciocinio nos parecen que decaen algo. El último es más expositivo que crítico, y quisieramos ver en él mucho más acentuada la nota del materialismo grosero, que impregna de pies a cabeza la teoría teosófica del conocimiento, y que empobrece y desnaturaliza la gama riquísima de nuestros conocimientos.

Conclusión.— Puede por tanto concluir al Autor que el Teo-

sofismo, "bajo cierto aire mayestático e imponente, bajo una fraseología extraña y complicada, bajo su autoritarismo desdeñoso; oculta un fondo de ideas superficiales, que al tesoro ya demasiado rico, de los errores humanos, no apertan ni un sólo elemento nuevo. Sus rasgos esenciales se reducen a un panteísmo de suave colorido, un materialismo más o menos disfrazado y a un evolucionismo decrepito".

Encarecidamente recomendamos esta obra a los apologetas, y más aún a los Profesores de filosofía y teología. Su traducción, dado que el círculo de sus lectores ha de ser reducido, y limitado a personas que no es fácil ignoren el francés; nos parece menos necesaria que la anterior.

DIONISIO DOMÍNGUEZ

(Continuará).